

La voluntad de la investigación. Hacia una reformulación de la pregunta crítica en Comunicaciones

Hans Stange Marcus

Instituto de la Comunicación e Imagen. Universidad de Chile

Hoja biográfica:

Licenciado en Comunicación Social por la Universidad de Chile. Cursa el programa de Doctorado en Filosofía de la misma casa de estudios. Ha desarrollado actividades de investigación en el Centro de Estudios de la Comunicación del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile y como integrante de diversos grupos de trabajo. Entre estos estudios se cuentan: Consumo de televisión por parte de la población sorda (2002), Narrativas periodísticas y escándalos políticos (2003), Espacios públicos (2004), Cine chileno y sujetos populares (2005). La mayoría de estos trabajos han conducido a publicaciones académicas y presentaciones en congresos y seminarios en Temuco, Valparaíso (Chile) y Buenos Aires (Argentina).

Ha impartido clases en las cátedras de Ética, Periodismo en la Historia de Chile y Cultura de Masas, en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

Realizó en coautoría la investigación periodística *Los Amigos del "Dr." Schäfer. La complicidad entre el Estado chileno y Colonia Dignidad*, publicada por la editorial Random House-Mondadori.

Resumen:

Desde la introducción de los aparatos críticos y luego de los Estudios Culturales, hasta las actuales cartografías, los estudios en comunicación sospechan que algunos de sus términos y problemas se les van de las manos. Las ciencias sociales se legitiman colonizando sus objetos, transformando la realidad en una categoría: "clase", "sujeto". Tal colonización justifica la irrupción de una disciplina en un determinado campo de saber, otorga validez a sus métodos e interpretaciones. Así los conceptos "masa", "audiencias" o "contenidos". Pero tales categorizaciones imponen un modelo comprensivo antes que proponer un acercamiento al problema, por lo que resisten mal un análisis crítico (vid. Renato Ortiz, 1999; Álvaro Cuadra, 2003). En el campo de la comunicación política se percibe también el desajuste entre el objeto y los aparatos que lo estudian, aun de modo más interesante y notorio, por cuanto la comunicación política debe hacerse cargo de un escenario público en crisis, tal como una serie de prácticas e instituciones políticas democráticoliberales.

Pero más profundamente, los estudios en comunicación entran en crisis con el advenimiento de los cambios que introduce en ellos el régimen de significación "postmoderno" (cf. Cuadra, 2003; Dominique Wolton et al., 1997, 1998; Jean Baudrillard, 1988; Raymond Williams, 1981). En otras palabras, la crisis no es tanto estructural como epistemológica. Necesario entonces, antes que intervenir en el campo de la comunicación política, es revisar los aparatos teóricometodológicos que sostienen esta intervención.

El presente trabajo propone una perspectiva crítica para abordar los estudios en comunicación, en donde "crítica" supone, como metapropósito de toda investigación, develar su propia voluntad de trabajo, así como exponer la voluntad de poder que anima los fenómenos políticocomunicacionales

(vid. Friedrich Nietzsche, 1990; Michel Foucault, 1980, 2003). De este modo, el primer paso del método es redefinir el proceso general de la producción de sentido, otorgándole a conceptos como "significación", "representación" y otros similares un valor meramente operativo. Sobre esta base, se procede mediante una política de interrogación crítica al objeto: ¿Qué es lo hegemónico? ¿Qué no lo es? ¿Cómo se ha conseguido esa hegemonía? ¿Cómo se ejerce y se resiste? ¿Qué voluntades animan esta hegemonía? El resultado de la aplicación de este método es un mapa de las interacciones sociales que constituyen el fenómeno en estudio y el valor político de las acciones que se identifican en esta interacción.

Buenas tardes,

El congreso de Comunicaciones de FELAFACS nos convoca este año bajo el título de "Ciudadanía de la incertidumbre". Bajo el término de incertidumbre se pretende pensar el momento actual de las llamadas sociedades de la información, atravesado por cambios tecnológicos y culturales vertiginosos que han dejado estupefactos a las disciplinas sociales que los estudian. Es precisamente esta estupefacción el objeto de este trabajo.

Las antiguas categorías empleadas en los estudios en comunicación, como por ejemplo “masa”, “audiencia”, “texto”, etc., ya no nos alcanzan para dar una descripción –y menos aún una explicación– de los fenómenos comunicacionales que nos asisten a diario. Más insuficientes todavía aparecen constructos teóricometodológicos que intenten explicar los cambios cognitivos y perceptivos que involucra la Internet, los nuevos patrones de lectura de los medios digitales o las implicancias de tecnologías como el Blog para categorías “antiguas” como ciudadanía o participación. Dicho de otro modo: la incertidumbre no aparece tanto como un atributo de los objetos sino como un problema de los aparatos que estudian estos objetos. Son las disciplinas de la comunicación las que se encuentran en incertidumbre.

Digamos algo más sobre el tema de la disciplina. La comunicación no es lo que tradicionalmente se ha entendido como un campo disciplinario específico, sino más bien como un espacio abierto al concurso de diferentes disciplinas sociales que intentan comprender el fenómeno de las comunicaciones desde sus propias claves. Así, se ha desarrollado a lo largo de los últimos sesenta años como un espacio de legitimación para las ciencias sociales, que la “colonizan” apropiándose la como objeto, transformando el fenómeno en “clase”. El campo de la comunicación se ha construido, de esta forma, con aportes divergentes y no siempre conmensurables desde la lingüística y más tarde la semiótica, la psicología y la sociología, la antropología, la historia, la ciencia política e incluso desde los propios ámbitos de la producción de la comunicación: el periodismo, la industria audiovisual y la propia comunidad hablante. Es importante hacer notar que no he hablado hasta ahora de “comunicación masiva” u otro término similar, pues esta misma compartimentación deviene de la intervención de estas disciplinas en el transcampo de la comunicación. Cada una de estas ciencias ha aportado su propia categoría: texto, signo, masa, sujeto, mediación, etc. Lo mismo ocurre con las vertientes teóricas que concurren al estudio de estos objetos: pragmática lingüística y estructuralismo, *Mass Communication Research* y teoría crítica, *Cultural Studies* y los más recientes trabajos sobre consumo cultural. ¿Qué tienen en común esta variedad de aportes, categorías y escuelas? Principalmente, que han buscado en el campo de la comunicación su propia legitimidad disciplinaria. Un ejemplo es el estudio de las “masas”, que dio a la sociología del siglo XX un nuevo respiro después de los intentos por hacer una sociología según el modelo de las ciencias duras, que ignoraba los elementos irregulares propios del fenómeno humano. De esta forma, casi todos los criterios por medio de los cuales hemos pensado la comunicación, antes que posibilitar su comprensión han impuesto una interpretación disciplinaria del problema.

Es importante recordar esto: pensar la comunicación no ha significado pensar la comunicación, es decir, no ha significado otra cosa que pensar cómo la comunicación sirve al robustecimiento de un corpus teórico determinado (el de la disciplina). Pero el propio campo es tan vasto y complejo que tampoco admitiría que una disciplina nueva, distinta y específica lo acotará, sesgará y colonizara de manera reductiva: imposibilidad de una “comunicología”.

Dicho lo anterior, debe hacerse el primer corte en nuestro argumento. Éste es: toda reflexión sobre la comunicación es una reflexión política. El problema de la comunicación aparece en todas sus entradas y a todos sus niveles como el problema de una realización de comunidad. Comunicar es ponerse en medio del problema del “nos” y el “otro”. La interacción cotidiana, la sociabilidad institucional, la lectura de un diario o la navegación por foros de Internet: siempre es al otro al que buscamos. Y en los estudios en comunicación, es el problema político siempre el problema de fondo, porque la cuestión final en nuestra relación con el otro no es sino cómo establecemos relaciones de fuerza y poder –es decir, nuestra mundanidad– a través de la disputa por el sentido del mundo, por la interpretación. Los medios nos ofrecen un mundo organizado: nosotros volvemos a organizarlo en nuestra interpretación. Nuestra pareja habla de su interioridad: nosotros interpretamos otra cosa. El candidato promete y persuade: nosotros anidamos sospecha. La televisión ofrece una guerra real: nosotros miramos un espectáculo en la pantalla.

Hemos dicho que en la época de la incertidumbre, ésta es atributo de las ciencias de la comunicación. Que estas ciencias no comprenden el fenómeno de la comunicación, sino que imponen una interpretación. Y que esta interpretación es siempre política. Debemos señalar, entonces, en qué consiste esta incertidumbre de las ciencias de la comunicación.

Me referiré a ella como el desajuste entre los objetos de estudio y los aparatos teórico metodológicos que estudian dichos objetos. O más sencillamente: nuestro lenguaje y nuestros métodos ya no nos alcanzan para dar cuenta del complejo campo de la comunicación. Nos faltan palabras, nos sobra horizonte, estamos miopes. ¿Por qué? ¿Cómo fue que de pronto nuestras categorías nos quedaron chicas?

Lo primero es constatar que no nos quedaron chicas de pronto. Y también, que cada disciplina concurrente en la comunicación ha hecho grandes esfuerzos por ampliar su horizonte teórico. Pero todas son asaltadas progresivamente por lo que llamaremos un cambio en el régimen de significación. Se ha denominado a este nuevo régimen “posmoderno”, pero este término designa menos una realidad que una posibilidad para pensar viejos problemas. En efecto, ¿qué es la Posmodernidad sino una reflexión sobre los temas centrales de la Modernidad? Allí están el imperio de la letra, la unidad del sujeto, la comprensión del mundo como Historia y de la política como promesa. En la Modernidad, este régimen de significación tiene reglas de construcción claras y códigos de operación bien delimitados. El sujeto debe comportar ciertas formalidades para llevar a cabo su acción e intervenir en el espacio comunicativo: aparece como un actor institucionalizado (el Estado, el ciudadano, el crítico, la prensa), ocupando un lugar y un rol específicos en la trama social, que definen no sólo las maneras en que interactúa con los demás sujetos sino también su identidad. Asimismo, el discurso está reglamentado: se cultiva una norma de coherencia, fundada en el ordenamiento secuencial y lógico de las ideas y argumentos, de los cuales son expurgados los elementos irracionales y emocionales. La Razón se erige como la forma dominante del discurso, el sujeto y la comunicación. Lo que se debe destacar es que los propios discursos de la Modernidad enfatizan el carácter racional y categorial de la comunicación, su subordinación a otras esferas de la vida que son más preeminentes: el Arte, las Humanidades, la distinción clara entre lo Público y lo Privado. No es central en esta concepción de la comunicación su naturaleza disyuntiva, en tanto que lucha por el poder (significar). Las genealogías de la Modernidad no hacen más que relatar la historia de las promesas de la Ilustración y la modernización, y de la emergencia de los opuestos que fijarán las fronteras que tanto ama la Razón: sujeto/ discurso; público/ privado; racional/ afectivo; individual/ colectivo; libertad/ igualdad; revolución/ tradición. Huelga decir que se trata de una representación ideal de la Modernidad, en cierto modo, de la forma en cómo ella misma se mira, y que en los hechos hemos conocido múltiples modernidades y modernizaciones (como sabemos bien en Latinoamérica). Pues bien, el desarrollo de estas dicotomías concreta, al final de la revolución liberal y la revolución socialista, la tensión máxima entre los distintos movimientos paradójicos de la Modernidad. La máxima expansión de las democracias liberales va acompañada del declive de la participación en lo público.

El desarrollo tecnológico pervierte los modos de socialización: al auge de las industrias de la información le siguen el surgimiento de instituciones (los medios de comunicación) y sujetos (la estrella, el ídolo) completamente nuevos, pero también la confusión en el dominio en el que deambulan los objetos culturales; recién alcanzada la promesa de autonomía por las vanguardias, el arte exacerba la distinción entre culto y popular para conservar el pequeño reino conquistado. Junto con las industrias culturales, el desarrollo tecnológico alcanza su máxima expresión en la maquinaria bélica. El siglo XX asiste a la disociación entre el modelo social burgués y el capitalismo “fordista” que transita hacia un nuevo estadio: el capitalismo de consumo, en contradicción con la ética burgués protestante y que exige la inclusión de las multitudes antes marginadas, ahora devenidas en ejércitos de consumidores-ciudadanos.

La lógica del capitalismo tardío, de la sociedad de consumo y de la industrialización de la cultura pone en entredicho estas gramáticas y estas instituciones. Los medios masivos, las industrias culturales, las nuevas tecnologías comportan características formales y estructurales que penetran en el régimen de significación, pero que no lo disuelven: si acaso hay una ruptura, ésta es la de los límites y los centros. Los códigos de referencia y construcción se flexibilizan, la razón moderna cede sus espacios. Los roles, los lugares y las fronteras se difuminan. Pero no el régimen de significación.

Al contrario: este régimen se amplía, y con ello las dificultades –y posibilidades –de los estudios en comunicación.

La crisis, por consiguiente, no es tanto estructural como epistemológica. Lo que queda en entredicho en el momento posmoderno es menos la lucha por la interpretación que las reglas con que ésta, según la pretensión de las ciencias modernas, se llevaba a cabo. La incertidumbre no hunde todas las alturas: sólo las alturas categoriales del aparato ilustrado. Tampoco representa una ruptura: esta sensación es producto del desconcierto teórico ante límites que, lejos de quebrarse, se expanden a nuevas formas de circulación, producción e interpretación.

Hay un término que visibiliza mejor que cualquier otro el problema del desajuste entre el objeto y sus marcos de análisis: la crítica. El término, aunque existente ya en el léxico griego, alcanza su jerarquía y régimen con el proyecto de Immanuel Kant, quien designa como crítica al conjunto de investigaciones filosóficas que tienen como principal preocupación establecer los fundamentos y límites del ejercicio de la Razón. Para Kant, el conocimiento de la realidad, inalcanzable para el ser humano, sólo es posible en la medida que el objeto de conocimiento se somete a las exigencias formales de las facultades de la Razón.

La actitud crítica aparece entonces como el punto cúlmine del pensamiento moderno, máxima expresión de la sumisión de la realidad a las categorías de la Razón. La crítica, como instrumento de ciencia, es una garantía al cumplimiento de las promesas de la Modernidad, vara de lo auténtico y lo falso, del límite entre lo central y lo superfluo, entre lo real y sus sombras.

En el campo de las comunicaciones, la principal aplicación de la crítica tiene residencia en la obra de la Escuela de Frankfurt. Los mayores rendimientos de la “Teoría crítica” en el campo de las comunicaciones se encuentran en los planteamientos estéticos frankfurtianos y en su examen de la cultura de masas. Mucha es la reflexión que ha suscitado el concepto de industria cultural desde que fue acuñado en 1944 por Adorno y Horkheimer. El término alude a un conjunto de bienes elaborados por procedimientos técnicos industrializados (el cine, la fotografía, la radiofonía, los medios masivos) y que comportan –dicho sucintamente– la introducción, en las artes, de los modos de producción serial. Esto no es menor: significa no sólo un cambio en el modo de producción de los bienes artísticos y culturales, sino también una transformación de las funciones y espacios que el arte y el artista ocupan en la escena social. Para Adorno y Horkheimer, las industrias culturales están determinadas por una razón instrumental que pervierte todas las promesas de la Modernidad y soslaya los límites de la verdadera Razón. No es necesario recordar los planteamientos generales de la crítica frankfurtiana: baste decir que en el arrasamiento de las esferas autónomas del arte y de lo público, en la tecnificación de la vida y el goce cotidiano, la racionalidad técnica se vuelve “la racionalidad del dominio mismo” y la Ilustración un “engaño de masas”. Pero tras esta crítica perviven los viejos fantasmas modernos de la categoría, el régimen y la falsedad.

Lo que quiero establecer es que la crítica, en su acepción más clásica, sólo es posible en referencia a un metarelato que establezca las coordenadas generales y los límites pertinentes para la comprensión del mundo y su significación. Es decir, de un modo clásico no se puede realizar una crítica racional si ésta no está soportada en un criterio establecido sobre la verdad y la falsedad, lo valioso o lo fútil, lo central o periférico del objeto criticado. Y como el momento posmoderno ha disuelto estos criterios, pues nos hallaríamos en la tan mentada época del “fin de los metarelatos”, ería hoy imposible cualquier modo de pensamiento crítico, al menos desde esta perspectiva.

Pero la crítica también puede ser algo más que el ajuste del objeto de estudio a las exigencias de una Razón o a la realización de una promesa epocal e incluso estos mismos atributos no tienen por qué desaparecer en un tiempo de incertidumbre científica.

La crítica puede ser también un lenguaje apropiado para resituar el desajuste que he mencionado, en la medida que permite una apertura metodológica para volver a centrar – o para descentrar apropiadamente – las investigaciones sobre comunicación. En efecto, cierta crítica ha tendido a comprenderse como una interpretación segunda de los objetos que aborda, reemplazando la función normativa o jurídica que tenía sobre su objeto por otra, precisamente opuesta: la función de estallar los discursos y objetos, ampliando el juego de la interpretación, abriendo posibilidades y caminos, entrecruzando los objetos.

La corriente de estudios sobre literatura iniciada en Barthes es donde tradicionalmente se ha desarrollado esta crítica, más comunicativa que examinativa. Luego, es en Edward Said donde se percibe una comprensión cabal de la crítica como política de la interpretación: quién habla, a quién, para qué.

Es interesante percibir como las preguntas críticas en Said giran en torno al “quién” y no al “qué” o al “por qué”. El giro no es menor: plantear que la pregunta crítica es la pregunta por el quién supone no atribuir a la crítica la función normativa y categorial que le es propia en el régimen moderno. La genealogía de este giro puede rastrearse hasta Friedrich Nietzsche, quien se pregunta sobre la factibilidad del método kantiano para conocer la realidad. Concretamente, los cuestionamientos de Nietzsche son dos: las posibilidades de un verdadero conocimiento por medio de la conformidad a fin de la Razón y la sospecha de que la esfera moral no es pertinente para un autoexamen de la propia actitud crítica. Ambos problemas, entre otras cosas, cimientan el proyecto nietzscheano de “crítica” a la metafísica. Precisamente, por tanto, el valor de la crítica para el filósofo alemán reside no en la pregunta por la cosa o la causa, propias del pensamiento metafísico, sino por la voluntad que anima el acto de conocimiento, que se sirve de él por el cual le da forma al mundo. Dice Nietzsche: “Nunca encontraremos el sentido de algo (fenómeno humano, biológico o incluso físico), si no sabemos cuál es la fuerza que se apropia de la cosa, que la explota, que se apodera de ella o se expresa en ella. Un fenómeno no es una apariencia ni tampoco una aparición, sino un signo, un síntoma que encuentra su sentido en una fuerza actual. Toda la filosofía es una sintomatología y una semiología”. La pregunta crítica no es, por tanto, la pregunta por el fondo ni por el valor, sino por la voluntad que interpreta: voluntad que es procedencia de la interpretación. Deleuze, que ha leído sugestivamente esto, dice: “La pregunta ‘¿Quién?’”, según Nietzsche, significa esto: considerada una cosa, ¿cuáles son las fuerzas que se

apoderan de ella, cuál es la voluntad que la posee? ¿Quién se expresa, se manifiesta, y al mismo tiempo se oculta en ella? La pregunta ¿Quién? es la única que nos conduce a la esencia. Porque la esencia es solamente el sentido y el valor de la cosa; la esencia viene determinada por las fuerzas en afinidad con la cosa y por la voluntad en afinidad con las fuerzas”

“¿Qué quiere, el que dice esto, piensa o experimenta aquello? Se trata de demostrar que no podría decirlo, pensarlo o sentirlo, si no tuviera cierta voluntad, ciertas fuerzas, cierta manera de ser. ¿Qué quiere el que habla, ama o crea? E inversamente, ¿qué quiere el que pretende el beneficio de una acción que no realiza, el que recurre al ‘desinterés’?”, acota Deleuze.

La actualidad de la pregunta crítica no depende, entonces, de su referencia a metarelatos o a las promesas de la Razón y la Modernidad. Su pertinencia en el estudio de las comunicaciones aparece relevante, por cuanto es una posibilidad para volver a pensar y, acaso, acortar el desajuste entre objetos, métodos y teorías: una forma de conjurar la incertidumbre. El levantamiento de un programa crítico que no constituya ni se constituya a sí mismo a partir de categorías o imposiciones interpretativas implica el gesto de una investigación abierta a los trayectos del propio fenómeno que estudia, que lo acompaña en su devenir e interpreta a partir de sus propias claves. Implica también un constante ejercicio de metainvestigación, de reflexión sobre el propio hacer científico, pues siempre la primera voluntad a mano, en todo trabajo, es la del propio investigador. ¿Qué quiero con este objeto? ¿Para qué apropiármelo? ¿Qué hacer con él? ¿Cuáles mundos construir a partir de él?

El programa crítico propuesto procede mediante preguntas al objeto, previo examen de su reconocimiento, elementos y relaciones. Ante todo, el fenómeno de la comunicación es político. Esto quiere decir, un fenómeno humano, social, que comporta relaciones entre los hombres, las cuales son siempre relaciones de poder. El primer paso es, entonces, entender la comunicación como un campo de disputa, abierto, en constante movimiento, pleno de trayectos y posiciones antes que de lugares, dominio de estrategias y tácticas antes que de emisiones, espacio de interpretación, negociación y conflicto antes que de orden. La visión de la comunicación como una topología nos permite realizar la primera pregunta crítica al objeto, ¿dónde están las voluntades de la interpretación?, e identificar enseguida las voluntades hegemónicas. La palabra hegemonía no está puesta aquí al azar. La impronta gramsciana es relevante pues pone el énfasis en la comprensión de los conflictos. La identificación de las voluntades hegemónicas permite saber, por oposición, cuáles no lo son, cuáles son marginales. Y tras esto, la segunda pregunta es obvia: ¿Cómo se ha conseguido esta hegemonía? La interrogación apunta a determinar los trayectos interpretativos, el devenir de la comunicación. La tercera pregunta, ¿cómo se ejerce esta hegemonía?, y la cuarta, ¿cómo se resiste?, van de la mano y permiten conocer el sistema comunicativo, sus interacciones, las relaciones, calidades y atributos de sus actores, los intereses de sus voluntades. La quinta pregunta, ¿para qué se ejerce la hegemonía?, nos revelará el ánimo de la voluntad interpretante, nos mostrará su camino y revelará lo más político que tiene la comunicación: la propia comunidad comunicada.

¿Es aplicable este programa? En el año 2004, junto a mis colegas Claudio Salinas y René Jara realizamos el estudio *Las interpretaciones violentas*. En él se discutía la interpretación ya extendida que supone la crisis del espacio público político y se proponía, frente a esta noción, la idea de espacios públicos ampliados, campos de circulación de sentidos sobre nuestra constitución como sujetos políticos, como ciudadanos consumidores, que ya no respondían a distinciones como la de público/ privado. Bajo esta idea se estudió un *mall* como caso de espacio público ampliado. Se identificaron los protocolos de representación que interactúan en el *mall* y que van, desde ensoñaciones erótico-cotidianas ligadas al consumo, hasta ciertas escenificaciones de un tipo de deliberación política. Luego, se estableció un sistema complejo de interacciones sociales entre estos protocolos, sus actores y las voluntades tras estos actores, para posteriormente referirse al valor político de estas interacciones: su función como actos interpretativos en ese núcleo de sentido del mundo que es el *mall*. El estudio arrojó como resultado más destacado la conciencia que el propio centro comercial tiene del uso que los consumidores hacen de él como espacio público, sus estrategias para asegurarse una posición hegemónica en la disputa por el sentido y su fracaso –hasta ahora –para constituirse en un eje articulador de una cierta idea de comunidad.

Otro trabajo realizado en el año 2005, *Este cine “chacotero”...*, junto a Claudio Salinas, exploró las representaciones de lo popular en el cine chileno de la última década. Tras identificar los principales rasgos de esta representación en distintos niveles –sujetos, hablas, espacios, narración, montaje, etc. –, se agruparon estos rasgos en tres grupos operantes: popular-tradicional, popular-mediático y popular-marginal o crítico, de acuerdo a los criterios básicos de la literatura existente sobre el tema. La representación

predominante, la de lo popular como tradicional, significaba lo popular a partir de claves humorísticas, alusiones explícitas al sexo y el uso de un lenguaje vulgar que buscaba la identificación directa con el público, su consumo fácil y eficiente. Tras esta representación, existe una voluntad que está determinada por el momento de desarrollo industrial que vive en Chile la cinematografía y por la transformación del mercado audiovisual local. No se trata, por tanto, de una representación construida a partir de elementos estéticos o disciplinarios, sino de una que subordinaba éstos a la lógica de la expansión material del campo audiovisual y del propio desarrollo de la profesión en Chile.

En estos trabajos, el examen crítico se sobrepuso a modos tradicionales de estudiar la comunicación: se trató de ampliar el límite que suponía el uso de metodologías como el estudio de caso o el análisis de discurso. Asimismo, pueden obtenerse rendimientos en muchos objetos: la programación televisiva antes que la disputa entre televisión pública o privada, la navegación por Internet y las virtuales comunidades virtuales, la mediatización de la política más allá de conceptos como “privatización” o “desdibujamiento de lo público”, etc. Permite abordar, además, el campo de la comunicación en toda su fragmentariedad sistemática y su variedad, recogiendo los trayectos que se producen entre tecnologías de la información, consumo cultural, ciudadanías, nuevas identidades, globalidad y localidad y otra larga cantidad de objetos que se dan cita en nuestros estudios de la comunicación.

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA:

- Adorno, Theodor; Horkheimer, Max (1994): *Dialéctica de la Ilustración*. Trotta. Madrid.
- Barthes, Roland (1988): *Ensayos Críticos*. SeixBarral. Barcelona.
- Baudrillard, Jean (1990): *Videósfera y Sujeto Fractal*. En: Piromallo, Ágata; Abruzzese, Alberto (editores): *Videoculturas de Fin de Siglo*. Cátedra, Barcelona.
- (1989): *De la Seducción*. Editorial Cátedra. Colección Teorema. Madrid.
- (1978): *Cultura y Simulacro*. Editorial Kairós (segunda edición: 1984). Barcelona.
- Casullo, Nicolás (1989): *El Debate Modernidad-Postmodernidad*. Punto Sur. Buenos Aires.
- Cuadra, Álvaro (2003): *De la Ciudad Letrada a la Ciudad Virtual*. LOM. Santiago de Chile.
- De Certeau, Michel (1996): *La Invención de lo Cotidiano. 1: Artes de Hacer*. Editorial México D. F. Universidad Iberoamericana, A. C.
- Del Villar, Rafael (1999): *Nueva Cultura Audiovisual y Protocolos Interpretativos*. En: Ossa, Carlos (comp.): *La Pantalla Delirante*. LOMArcis. Santiago de Chile.
- Deleuze, Gilles (1971): *Nietzsche y la Filosofía*. Editorial Anagrama (Séptima edición: 2002). Barcelona.
- Ferry, JeanMarc ; Wolton, Dominique; et al (1998): *El Nuevo Espacio Público*. Gedisa (segunda reimpresión). Colección El Mamífero Parlante. Barcelona
- Foster, Hal (1988): *La Postmodernidad*. Colofón. Ciudad de México.
- Foucault, Michel (2003): *Nietzsche, Freud, Marx*. Editorial Espiritu Libertario. Santiago de Chile.
- (1980): *El Orden del Discurso*. Tusquets Editores (segunda edición: 1999). Barcelona.
- García Canclini, Néstor (1995) *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos Multiculturales de la Globalización*. Grijalbo. Ciudad de México.
- Gramsci, Antonio (1970): *Antología. Selección y traducción: Manuel Sacristán*. Siglo XXI Editores (decimocuarta edición: 1999). Ciudad de México.
- Jameson, Frederic (1996): *Teoría de la Postmodernidad*. Editorial Trotta (segunda edición: 1998). Madrid.
- Jara, René; Salinas, Claudio; Stange, Hans (2004): *Las Interpretaciones Violentas. Espacios Públicos, Representación, Hegemonía*. Universidad de Chile. Santiago de Chile.
- Kant, Immanuel (2003): *Crítica de la Razón Pura*. Alfaguara (segunda edición). Madrid.
- (2000): *Crítica de la Razón Práctica*. Alianza. Madrid.
- Martín-Barbero, Jesús (1998): *De los Medios a las Mediaciones. Comunicación, Cultura y Hegemonía*. Convenio Andrés Bello (quinta edición). Santa Fe de Bogotá.
- Nietzsche, Friedrich (1990): *Sobre Verdad y Mentira en el Sentido Extramoral*. Editorial Tecnos (segunda edición: 1994). Madrid.
- (1992): *La Ciencia Jovial (La Gaya Scienza)*. Monte Ávila Editores. Caracas.
- Ortiz, Renato (1999): *El otro territorio*. Editorial Andrés BelloSecretaría Ejecutiva de Comercio, Bogotá.
- Said, Edward (1988): *Antagonistas, Públicos, Seguidores y Comunidad*. En: Foster, Hal (comp.): *La Postmodernidad*. Colofón. Ciudad de México.
- Salinas, Claudio; Stange, Hans (2006): *Este Cine “Chacotero”... Impostura y Desproblematización en las Representaciones del Sujeto Popular en el Cine Chileno 1997-2005*. Instituto de la Comunicación e Imagen. Colección Cuadernos de Trabajo. Santiago de Chile.
- Verneaux, Roger (1982): *Immanuel Kant. Las Tres Críticas*. Magisterio Español. Madrid.
- Williams, Raymond (1981): *Sociología de la Cultura*. Colección Comunicación. Editorial Piados. Barcelona.